



# El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXXIX

Zaragoza, 5 de Febrero de 1937

Núm. 902

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

ooo

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de «El Eco de la Cruz», Conde de Aranda, 1, Almacenes del Portillo.

**Una Patria -- Un Estado -- Un Caudillo**  
**Una Patria: España -- Un Caudillo: Franco**

ral; cuando falta la libertad sólo vemos opresión, esclavitud, degradación.

La libertad la vemos como el principio de independencia y de nuestra personalidad; es algo como nuestro propio ser, la expansión de nuestras energías, el placer de vivir.

En el orden político y social ha exaltado aún ese concepto y quiere que la libertad sea también la base de la civilización. Libre cada ciudadano con la plenitud de derechos, intangible como un rey. El Poder público será la garantía de esa libertad que cada uno gozará sin más trabas que las del derecho de los demás.

La mirada se concentra en sí mismo y se desprecupa en absoluto de los demás. Cada uno puede hacer lo que quiera; debe cuidarse de sí mismo sin importarle lo que ocurre a su alrededor. Es el egoísmo erigido en divinidad. Es una nueva fórmula de paganismo brutal.

¿Qué ha ocurrido? El egoísmo, el afán desmedido de su propio bien, reconocido como un derecho, ha transformado la vida en una lucha monstruosa. Cada uno ha procurado subir, triunfar, aunque sea a costa de los demás, en lo cual no le cabía responsabilidad. Los audaces, los astutos, los fuertes, los malhechores se han apoderado del mando.

Y han seguido gritando: no os cuidéis del mundo; el mundo marcha por sí mismo; no hay que preocuparse.

¿Cómo ha podido extenderse tal aberración? ¿Cómo ha podido infiltrarse ese criterio absurdo y crimi-

nal hasta en almas cristianas?

El cristianismo no es así.

Jesucristo nos ha dicho: el primer precepto es: Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con toda tu alma, con todas tus fuerzas; pero el segundo es semejante a éste: amarás a tu prójimo como a ti mismo.

El liberalismo entiende que se puede explotar al trabajador y gozar una vida alegre y de refinamiento con las estrecheces y lágrimas y miseria de los desgraciados.

El cristianismo enseña que no se puede pasar por el camino de Jericó dejando sin amoroso auxilio al hombre moribundo. Que no podemos sentarnos tranquilos a la mesa si nuestro hermano tiene hambre o frío.

El paganismo liberal piensa que es una desgracia la guerra y la vida de trincheras para el que le toca; pero ¿qué vamos a hacer!; hay que vivir su vida; se puede seguir la vida de teatros y placeres, que paguen los tontos las salpicaduras de la guerra.

Cain dijo: "¿Qué tengo que ver yo con mi hermano?" El cristianismo ve el sufrimiento ajeno como propio; sufre con su hermano en las trincheras y en el hospital; se ve parte del conjunto en lucha, goza con sus glorias, da su dinero con alegría para su empresa, envía ropas, libros, oraciones... cuanto puede.

El liberalismo ha hecho del mundo una selva de hombres bestias.

El cristianismo hace de la selva una familia impregnada de suavidad celestial.

TOMÁS

## Amarás a tu prójimo como a tí mismo

A poco que reflexionemos sobre los estragos espantosos producidos en el orden político y social veremos claramente que dimanen del concepto equivocado que se ha difundido acerca de la sociedad.

Pero hoy será bueno fijar nuestra atención en el concepto falso del absurdo y viejo liberalismo.

El liberalismo ha pretendido hacer de la libertad la cumbre y meta de nuestras aspiraciones y de nuestra felicidad.

Sin libertad no hay dignidad humana, ni grandeza moral, ni aun mo-



## RECUERDO DE LOURDES

## La bendición de enfermos

Hierve la Gruta en santas oraciones.  
Centenares de amantes corazones  
palpitan de emoción.

Brilla la Hostia pura, inmaculada.  
Se extiende del Rosario en la expla-  
la augusta procesión. [nada  
A Jesús torna sus dolientes ojos  
el enfermo. El pueblo cae de hinojos  
en santa adoración.

Crece la fe, aumenta la esperanza.  
El Preste con Jesús triunfante avanza  
a dar la bendición.

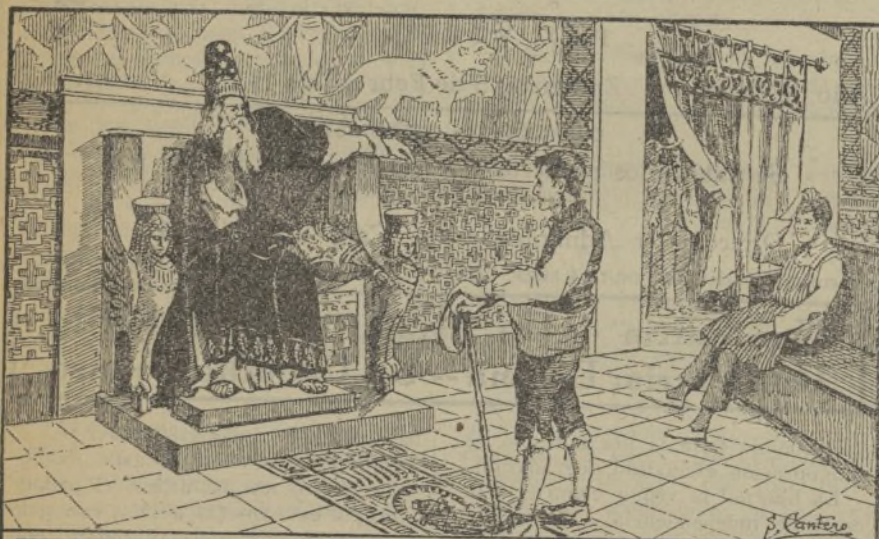
Se iluminan los lívidos semblantes.

Se oyen tiernos suspiros anhelantes.  
Florece la oración  
en los labios del inmenso y fiel gentío.  
Dice el enfermo con creciente brio  
preces del corazón.

Jesús pasa... Su sombra salvadora  
cobija al fiel doliente que le adora  
con mística efusión.

Pasa... pasa... con lentitud se aleja...  
a algunos cura, a los restantes deja  
dulzuras de ilusión.

AUGUSTO GODOY



## TRIBUNAL BARATO

—¡Macario...!

—¡Síñor...!

—Vamos a comenzar la santa Cua-  
resma...

—¿Ya? ¿Antes del Carnaval? To  
la vida ha sido la Cuaresma después  
del Carnaval, por los siglos de los  
siglos; pero, en fin, ahora hacen todo  
d'otra manera, y sí lo que Dios  
quiera.

—¿Pero quién te ha dicho que sea  
la Cuaresma antes de Carnaval?

—No, si a mí m'es igual; como si  
quíe usted que sea mañana.

—Hijo mío estás imposible. A nos-  
otros no nos interesa el Carnaval;  
esos días de orgía mundana deben  
desaparecer y no habían de notarse  
entre cristianos mas que para pedir  
a Dios más, mucho más que de or-  
dinario y desagraviarle por tantos  
pecados como en esos días se comen-  
ten. Esos días son una infamia de-  
gradante para la humanidad, pero en-  
tre cristianos sólo se conciben como  
una locura. Este año, además, con la  
guerra... ¿Cómo puede pensarse que  
aquí estén de orgía y de pecado, y  
allí, en los frentes, nuestros herma-  
nos, en tensión continua, vigilando a  
la muerte que acecha, durmiendo en

el suelo, pasando frío o destrozados  
por la metralla en un infierno de ex-  
plosiones y asaltos...? Es preciso que  
vibre el corazón con toda su fuerza,  
es preciso amar a los soldados que  
luchan por Dios y por la Patria.

—No; si este año no pensaba dis-  
brazame, si lo ícia usted por eso, que  
ya le veo a usted ponde viene; aunque  
yo ya lo tenía bien pensau, ya, no se  
piense usted que me chupo el dedo;  
que yo pa disbrazame era pa ir majo  
y bien tapau con güenas ropas y gor-  
ros de piel, qu'es lo mejor que hay  
p'al frío; m'hubiá disbrazau de meli-  
ciano ruso...

—¿Estás loco?

—¡...!

—A ti te tratan como a un muñeco  
para reirse de ti; y en esta ocasión  
la broma era demasiado grave. Eres  
un tonto de remate. Te exponías a  
que te hicieran pedacicos en medio  
de la calle. ¿Pues no sabes que Rusia  
es nuestro mayor enemigo?

¡Basta! que no acabáramos nunca  
contigo. ¡Atiende!

Vamos a comenzar pronto la Cua-  
resma; tiempo santo, tiempo de ora-  
ción y de penitencia. El mundo se  
afana sólo por gozar, y esto lo lleva

a la perdición. Es un concepto falso  
y catastrófico de la vida. Los pueblos  
que se dejan seducir sólo por los pla-  
ceres, se convierten en un infierno.  
Allí dominan sólo instintos brutales  
y triunfan los audaces y feroces, como  
ocurre en Rusia. Eso ha sucedido  
siempre y eso pasará siempre. Es  
preciso saber que no estamos en el  
mundo para vivir como los animales,  
pensando sólo en comer y gozar; vi-  
ven también otros, hermanos nuestros,  
y hemos de mirar a nuestro alrede-  
dor, y amarles. Además en el mundo  
hay que sufrir muchas clases de con-  
triedades; fracasos, ilusiones, po-  
breza, enfermedades, deslealtades, en-  
vidias..., que a todos nos alcanzan; y  
es forzoso tener resistencia adecuada.  
Es preciso saber sufrir; el que no  
sabe sufrir, sucumbe.

Así es y así tiene que ser. Cuando  
una familia se entrega al lujo y al  
desorden se arruina; y para rehacerse  
no hay otro recurso que privarse de  
todas las comodidades, llevar una vi-  
da austera y trabajar. Los pueblos son  
lo mismo; sucumben por la deprava-  
ción y se levantan por la austeridad  
y la virtud. Alemania e Italia per-  
cían; Hitler y Mussolini han logra-  
do levantarlas a la cumbre de la hu-  
manidad, no halagando las pasiones y  
haciendo hombres sibaritas, sino for-  
jándolas en la austeridad, en la vir-  
tud y en el trabajo.

Jesucristo sabe bien de qué pasta  
nos ha hecho y nos manda la mortifi-  
cación. La Iglesia ordena en la Cua-  
resma el ayuno, aunque lo haga tan  
moderada y maternalmente. Hemos de  
ayunar, y ayunar con gana y alegría.

—Con gana, siempre, que me caigo  
di hambre; pero con alegría, no sé  
como ice usted eso; ya me s'acongojan  
y me s'apretan las tripas sólo de pen-  
salo.

—Eres muy exagerado. Todos los  
años ayunamos y no pasa nada.

—Eso le paice a usted. A mí me  
quedo en los güesos, me se clarea l'ar-  
ca el cuerpo, que se pué leer el dia-  
rio si me lo ponen en las costillas;  
siempre con la boca abierta y no  
entra naa; y luego un frío que te se  
mete hasta los güesos y es que no  
hay fuego dentro. Un año a poco es-  
tiro la pata y gracias a que se com-  
pareció el señor Mago, qu'en gloria  
esté, aquel que si qu'era güen hom-  
bre, y hice unos versos pa El Eco...  
y los puso...

—¿Tú hiciste versos?

—No me s'olvidarán nunca.

“Lectores de El Eco...

lectores queridos,  
compasión, Macario  
tiene mucho frío.”

¡Qui hombre aquel! eso lo ícia por  
disimular; lo que tenía yo era di  
hambre. ¡Qué talento de hombre, có-  
mo me conocía!

—¿Pero no dices que eran tuyos  
los versos?

—Aun los pué usted ver en El Eco  
con mi nombre “Macario”, que tol  
mundo ícia ¡chico, Macario! Y me



salieron mi majos, paicia un romance. Pero lo más majo aquello:

“Que ¿qué es lo que os pido?

Agarrarsus bien,

atención, oído:

De mazapán

diez u vainte kilos,

de turrón guirlache

un toneládico,

confeitura feina

cinco vagonecincos,

vino de jerez

sin tiento y sin tino...”

Cuasi no podía hablar di hambre y de frío. Y la gente se compareció, que aun hay caridá, y me daron muchas cosas; porque ya lo sabe usted que en EL Eco, mal m'está icilo, pero si no fuá por mí... Ya m'esquité bien ya; ¿cómo me puse de churizo, magra y de to lo mejor! Lo menos estuve tres días malo, sin poder romper, a puro e purgas...

—¡Calla, bárbaro! no sé cómo te dejo hablar; está visto que no se puede sacar de ti nada de provecho. Es preciso ayunar; aquí ayunaremos como siempre se ha hecho. Y mira si hay alguno esperando, que ya hemos perdido demasiado tiempo.

—Con su permiso, señor Mago.

—¡Adelante! ¿Qué desea usted?

—Ya puede usted comprender, señor Mago, que yo no vengo a buscar nada al “Tribunal Barato”, que es para gentes de poco más o menos; mi posición y mi porte no me permiten rebajarme así.

—Señora, nadie le ha llamado.

—Ve usted, ya me lo figuraba; sólo con entrar lo he comprendido todo. Me ha recibido usted como a cualquier pobre y no como corresponde a una persona de mi categoría.

—Aquí viene todo el que tiene sincero deseo de la verdad, cualquiera que sea su clase y condición, y no recibo a los ricos como a los pobres, sino a los pobres lo mismo que a los ricos. No creo haberle faltado en nada. Por lo demás dígame qué es lo que le trae aquí y si puedo servirle en algo.

—Estoy indignadísima. Todo es hablar contra los ricos; todo halagar y adular a los pobres, que así se han puesto de insolentes hasta quererse hacer los amos de todo. Se padece una verdadera ceguera. Aun ahora no se les cae la venda de los ojos; y eso a personas que parecen equilibradas. El mismo Eco dice verdaderas impertinencias...

—¿Lo lee usted?

—Alguna vez lo he leído, pero, le soy franca, ahora ya no; la última vez lo comencé a leer y lo tiré nerviosa...

—Entonces no puede usted quejarse, porque no sabe usted lo que decía. Seguro estaba yo de que no lo leía; si lo hubiera leído no hablaría así.

—Aún dirá usted que no; todos están ahora también contra los ricos.

—Eso no es cierto. Pero de todos modos ¿qué quiere usted que le ha-

ga? ¿Qué culpa tengo yo?

—No es más que mi protesta dolorida. ¿Qué culpa tengo yo de que mis padres me hayan dejado una fortuna regular y de que con mi administración honrada se haya aumentado?

—Ninguna, cierto; no voy a juzgar ahora *su caso*; no le conozco a usted, ni aun de nombre, pues no me han anunciado su visita, y usted, con su nerviosidad, se ha distraído...

—Usted perdone, soy...

—Permita. Otro día que venga usted con más calma podremos ocuparnos de *su caso*. Ahora, sólo de lo que es objeto de su protesta. Nosotros no podemos atacar sistemáticamente a los ricos ni a los pobres; no hacemos política de clase, ni de partido. Consejo en cristiano a altos y a bajos, aunque no les siente bien lo que digo. Quiero ser el eco de Dios, EL Eco DE LA CRUZ. No creo que sólo los ricos sean culpables de lo que pasa; bien claro lo he dicho en este mismo Tribunal otros días hablando de los obreros. Todos tenemos culpa y todos nos hemos de enmendar. Pero se equivocaría usted si piensa que por haber muerto el terrorismo y las organizaciones marxistas han de juzgarse ustedes libres de responsabilidad. Están ustedes en un error. El desenfreno liberal en que han vivido ha sido horrible y no ha de continuar. No podemos gozar de nuestros bienes sin pensar en las necesidades de nuestros prójimos, que son también hermanos y el mundo no lo pensaba así. Se ha visto el poco caso que se ha hecho de la voz suplicante de la Iglesia, de los gemidos del pobre, del dolor de la desgracia, de los consejos de la prudencia... Ahora se han acabado las consideraciones irracionales e inhumanas. En el mundo no ha de haber sólo pan para los dichosos; el pan lo da Dios para todos, hasta para los pobres, que son también sus hijos. Por eso el Estado, atento a su deber, quiere que todos puedan vivir, que todos tengan lumbre en su hogar; y lo que no se logre de buena voluntad se impondrá por la fuerza.

Bien, muy bien; la fuerza al servicio de la justicia y de la caridad.

EL MAGO



He comulgado... he sido hecho otro Cristo.

Debo, pues, oler a Cristo, sonar a Cristo, saber a Cristo.

¡A cuánta suavidad vengo obligado!

¡A cuánta abnegación!

¡A cuánta santidad!

No he dicho bien, ¡A cuánta grandeza he sido levantado!

No es obligación que se me ha impuesto; es honor que me ha sido concedido.

¡Oh, mi Dios! ¡mi Amor! ¡mi Todo!

¡Abnegarse!...

¡Resignarse en las manos de Dios!...

¡Abandonarme enteramente a su acción!...

¡Vivir de su voluntad santísima!...

¿No es esto lo que pide de nosotros la Comunión diaria?

Bienaventuradas las almas que pueden repetir con verdad: Mí comida y mi bebida es hacer la voluntad de Dios.

M. DE STA. CATALINA

## ADVERTENCIA IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL Eco DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERÁ, PUES, MÁS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Son muchos los suscriptores que nos han escrito diciendo que no han recibido el segundo número de enero.

Con estas líneas les contestamos y lo notificamos a todos.

Sabemos el interés con que esperan y leen EL Eco... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los suscriptores que, atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio.

EL ECO DE LA CRUZ



## OLOR DE CRISTO

## LA VIRGEN DE LOURDES

Todos los santos han tenido un gran amor a la Santísima Virgen. Han sentido por Ella la ternura y delicadeza del amor filial. Los cristianos sabemos que es nuestra Madre, pero los santos no han sabido hacer nada sin María.

La devoción a la Virgen Santísima es señal de predestinación y ya es fórmula definitiva "a Jesús por medio de María".

La Virgen tiene una providencia y tutela especial y llama a los escogidos. Los santos sienten la necesidad de su Madre y la seguridad de su valimiento o patrocinio. La Virgen encarga sus planes a los santos: los santos escogen a María como titular de sus empresas.

La Virgen se aparece a S. Simón Stok y los carmelitas propagan orgullosos el santo escapulario del Carmen; y lo mismo ocurre con Santo Domingo, S. Pedro Nolasco y San José de Calasanz, y S. Alfonso María de Ligorio y el beato Julián Eyraud y S. Juan Bosco que tienen la dicha de recibir de María gloriosas empresas; y aparecen las advocaciones de la Virgen del Rosario, de la Merced, de las Escuelas Pías, del Perpetuo Socorro, de la Sagrada Eucaristía, María Auxiliadora...

Don Juan amaba con ternura a la Virgen, como a su Madre, pero la veía con esplendor de majestad. Cuando decía "la Señora" ponía en su voz suave un matiz de solemnidad y grandeza.

Pero quiero hablar hoy en particular de su devoción a la Virgen de Lourdes.

Estaba aún en Teruel cuando se le ofreció ocasión de ir en peregrinación a Lourdes.

Aquel viaje fué para él como una revelación. Nada había de cambiar en él, pero fué como una visión celeste. En medio de este mundo de miserias era Lourdes como un oasis en que se vivía plenamente la vida sobrenatural.

La misma sencillez de la Virgen en la gruta de la roca, la pastoreica Bernardeta, el río, las montañas de verdor eterno, todo exhalaba una poesía de belleza que elevaba.

Miraba a la Virgen blanca, leía el limbo que orlaba su cabeza "Yo soy la Inmaculada Concepción" y comprendía la delicadeza y gratitud de María respondiendo al Papa de su definición dogmática.

Allí todo era un paraíso de María. La Gruta, la basílica del Rosario con sus misterios de mosaico, la gigantesca imagen de la fachada, las rampas con los santos, la Virgen coronada; la fuente milagrosa, las piscinas, la explanada de la Gruta siempre con

enfermos como nueva Betsaida; la gran avenida; el carrillón cantando incansable la dulzura del "Ave, Ave, Ave María..." que deja temblando en el aire el eco del Arcángel, las procesiones de todos los países con su exotismo cosmopolita que hace sentir la alegría de la catolicidad; el *tren blanco*, con sus enfermos, las camillas, los cochecitos, los desahuciados y moribundos que buscan su vida en el milagro, los *brancardiers* que surgen generosos como una nueva orden hospitalaria, la procesión del Santísimo, los milagros, la fantástica procesión de las antorchas, el calvario. Lourdes es una maravilla continua, una vida sobrenatural intensa; allí se vivía la fe en público, sin trabas y se vivía bajo la emoción de vida divina. D. Juan, con su habitual presencia de Dios, debió ver en Lourdes un ideal de vida cristiana. Gozó en Lourdes, era para él lo natural, lo que esperaba. Cuando volvió de Lourdes se lo trajo en el corazón y salía por sus labios a cada paso.

Por todas partes se veía a la Virgen de Lourdes; el lápiz, el pisapapel, la goma del libro, los registros, todo era de la Virgen de Lourdes. Sobre su mesa de trabajo estaba la "Historia de las apariciones" escrita por Enrique Lasserre en agradecimiento de su curación milagrosa. Era la edición de lujo que nosotros, casi niños, veíamos con embeleso. Todas sus páginas con grandes dibujos que enmarcaban el texto con recuerdos primorosos de la Gruta, del Gave, del rebaño y de la casita de Bernardeta...

Quería más. En el caserón de la calle Mayor convirtió una de las salas destartadas en Gruta de Lourdes. Con papel grueso se imitaron los macizos de rocas; varios discípulos de D. Juan pintaron el cartón y brotó la hierbecilla verdeante y las ramas floridas de los rosales trepadores y apareció sonriente la Virgen y la dichosa Pastorcilla arrodillada con su cirio en la mano.

El efecto fué mágico. No sólo visitaron la Gruta las vecinas y conocidas, sino que se convirtió en capilla en que se hacían novenas concurridas y devotísimas.

Desde entonces la Gruta siguió a D. Juan a todas partes; la hubo de adaptar o construir en todos sus nuevos domicilios y estuvo también en la *parcela*, donde murió. Cuando obtuvo el privilegio de oratorio puso su altar en la Gruta, como en Lourdes, y esa Gruta ha ido a parar al Noviciado de Santa Ana, convertida también en altar con su Virgen y su Bernardeta.

En la Acción Social dió D. Juan la primera conferencia sobre la Vir-

gen de Lourdes, con proyecciones en colores. ¡Con qué fuego hablaba! ¡cómo se transparentaba su fe y su alegría!

Hasta en el confesonario difundía la devoción a Lourdes. Frecuentemente imponía como penitencia dieciocho Avemarias en memoria de las dieciocho apariciones de la Virgen.

El 11 de febrero era para él de una gran solemnidad. Por esa fecha doblemente indeleble para nosotros, hemos querido evocar este aspecto de su alma fervorosa. La Virgen Santísima le habrá premiado tanto cariño y tanta fe.

JUAN DE LA CRUZ

## EL ECO DE LA CRUZ

Administración: Pilar 10—Zaragoza

## PRECIOS DE SUSCRICION

De	1 ejemplar de cada número, al año,	2'00
2	" " " "	3'00
3	" " " "	3'75
4	" " " "	4'50
5	" " " "	5'00
10	" " " "	10'00
15	" " " "	12'50
20	" " " "	15'00
25	" " " "	16'50
30	" " " "	18'00
50	" " " "	26'00
100	" " " "	45'00